



MEMORIAS LIBERTINAS DE LA BELLA ENCARNA

(XX)

Antes de irnos hacia Barcelona, donde Alejandro tenía muchos partidarios, Madrid me reservó una sorpresa agri-dulce. Estaba yo una mañana sentada en el retrete, cuando la doncella me dice a través de la puerta: Señora, su madre. Yo pensé: «¿Qué le ha pasado a ésta, que le he hecho yo?». Y así se lo hice saber convenientemente aderezado con media docena de insultos. Pero la chica insistió: ¡Que está aquí su madre!

Salí a medio vestir y me la encuentro allí, al cabo de tantos años, que ni la conocía. Pero ella se me echa encima llorando más que llorosa y me besuqueaba con las babas más dulces.

—¡Hija! ¡Hija!

Y se desmaya. Volvió en sí poco después, y ante mi perplejidad, me hizo un relato somero de lo que había sido su vida. Una verdadera desgracia, que últimamente se había visto agravada por la vejez y la quiebra de un modesto negocio de castañera ambulante.

—Ya sé que eres muy famosa, Encarnita. Ya de pequeña eras más lista que una ardilla.

—Madre. Yo me gano la vida de una manera..., que..., no sé...

—Lo importante es que te la ganas y no debes nada a nadie.

Miren. Fue como si me liberaran de un peso que tenía aquí desde que empecé mis correrías con Winston. Secretamente había vivido con el peso de la culpa, con el miedo de qué pensaría mi madre si me viera o si supiera. Y ahora mi santa madre me absolvía con un criterio moderno y posconciliar que para sí quisieran muchas madres de las de las quintas más actuales. Tanto fue mi contento que la

regalé un reloj de oro y atendí sus peticiones, nada modestas por otra parte: dos mil duros para montar lo de castañera, con más infulas y una recomendación para que entrara en el Matadero Municipal su acompañante de turno.

—Es más bueno que el pan. Y más hombre que tu pobre padre. Pero, por favor, que no sepa que todo se lo deberé a un favor tuyo. Es muy recto y hay cosas de tu vida que no le entran.

Estuve tan contenta por el reencuentro, que le encargué a Alvaro de Retana una letra para un cuplé dedicado a todas las madres de España. Alvarito, con esa cara tan preciosa que Dios le había dado, me contestó:

—No pidas tú eso, cielo. Que no hay palabras suficientemente hermosas para un tema tan hermoso. Eso ha de salir de aquí.

Y de ahí, del corazón, me saqué yo una única canción que he escrito en mi vida:

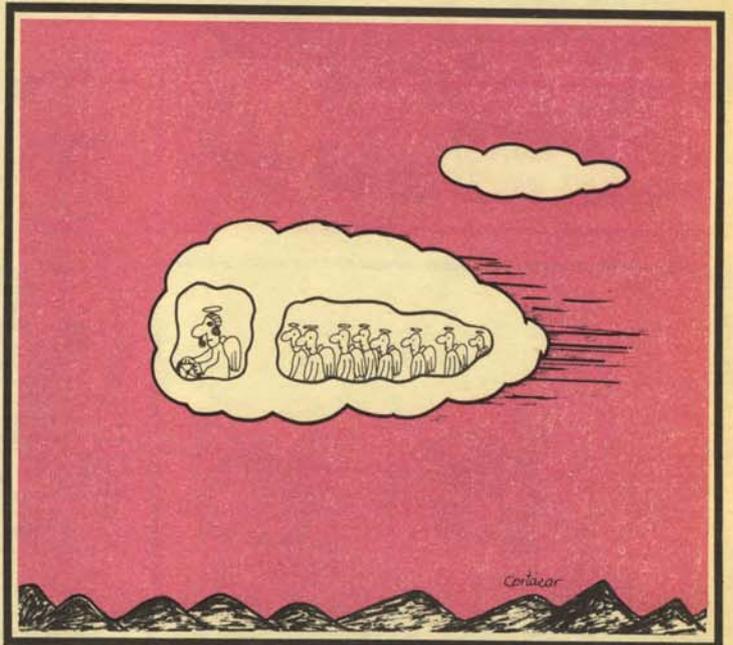
«Quien no ama a una madre de [España

es que no tiene entraña,
y yo con saña, con mucha saña,
le pegaba de una escoba con la [caña».

Alejandro dijo que el poema era una mierda, pero que si lo cantaba yo daba lo mismo. Un amigo suyo, Francisco Villaespesa, se mostró más amable. Mientras deslizaba una poética mano por mi escote, dijo:

«No escribas ni un verso más,
poesía eres tú, sin más ni más».

(Continuará)



UN BACHE DE MAS

Los Bagúndez —matrimonio y tres vástagos— regresaban de su veraneo en Benidorm. Lo habían hecho en septiembre porque decían que resultaba más barato. Pese a todo, el señor Bagúndez volvía con su economía exhausta, apenas unos duros disponibles descontando el dinero de la gasolina. En el viaje de regreso no pararían a comer en Albacete como hicieron a la ida. Era un lujo excesivo. Pero los vástagos, lejos de comprender la carencia dineraria del autor de sus días, aullaban discretamente de hambre. Sobre el hambre predominaba la sed. Grandes tramos de carretera estaban en obra y el pol-

vo, para que no entrase dentro del 600, obligaba a cerrar las ventanillas. El calor resultaba agobiante y la deshidratación comenzaba a hacer estragos en los débiles organismos de los viajeros. El señor Bagúndez no tuvo más remedio que detenerse ante un chiringuito de la carretera: «Una botella pequeña de cerveza y cinco vasos». «Bueno, ¿a que se os ha pasado ya el hambre y la sed?». «Ahora de un tirón hasta Madrid». Reemprendió la marcha. Ante la familia Bagúndez, un tramo de carretera aun peor. Unos imponentes baches provisionales esmaltaban de peligro la dura senda, y llegó la tragedia. Después, un montón informe de chapas, equipajes veraniegos y filetes humanos. Los auxiliares llegan a renglón seguido. Reconocimiento de las víctimas. Alentaba aún en ellas un hálito de vida. Una voz cargada de autoridad, concluyente y definitiva: «Huelen a cerveza, iban ciegos. Lo de siempre: una cañita de más». El señor Bagúndez hizo entonces oír, por debajo de sus hematomas, su debilitada voz: «Que no, que no, que ha sido un bache de más...».

Luego vino la ambulancia esa que sale en los «spots» de televisión y se los llevó. Ahora están un poco mejor, gracias.

JOLINES